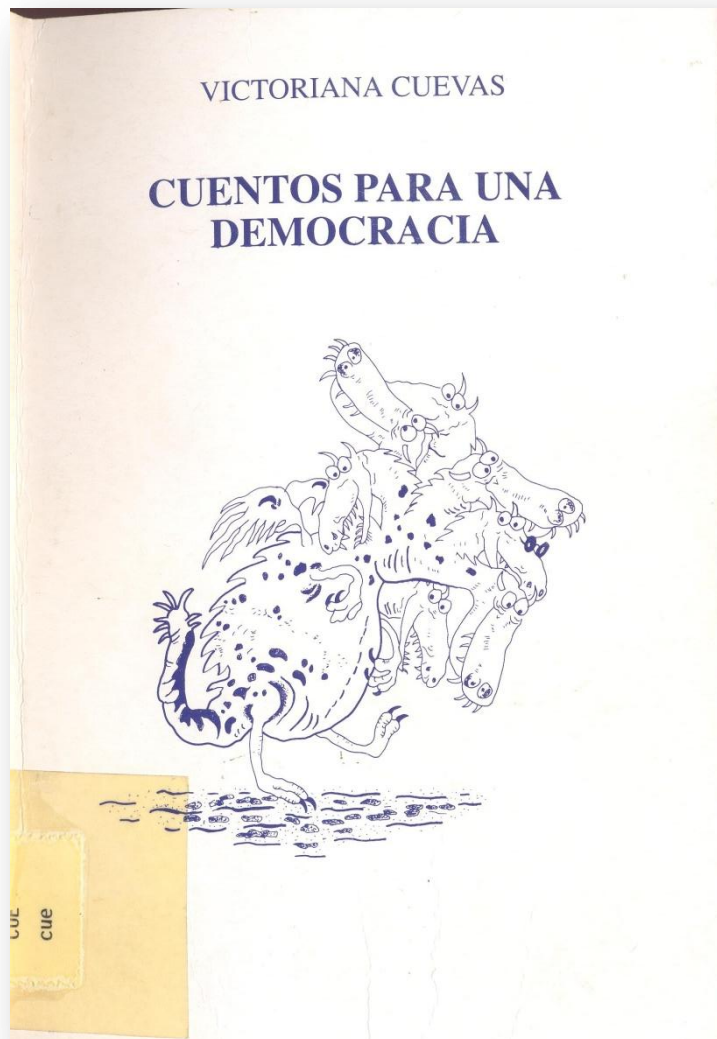


Publicación: **El torreón de la mora.**— En CUEVAS RODRIGUEZ, Victoriana: *Cuentos para una democracia.*—Madrid: Ed. de la autora,1993, pp. 55-64



EL TORREON DE LA MORA

Allá por el año de gracia, de no se qué gracia, pero un año, en el que los moros no eran muy dueños, pero todavía sí habitantes, de España. Entre los pueblos de Orgaz y Almohacid, hay un torreón llamado de la Mora. Cuentan los viejos que el día de San Juan, a la salida del sol, todo el que por esos lugares se hallara, vería salir una mora a peinarse con unos vistosos peines de oro. Después, con el pelo suelto al viento, buscaba con grandes quejidos, al hombre que fue su amor, y que la última vez que le vio fue por aquellos prados.

Os contaré como pueda, más de mi imaginación que de otra cosa, los amores de los muchachos. Ella mora y él castellano, ella de Almohacid y él de Orgaz.

Las tierras que poseían ambos padres lindaban las unas con las otras. Mientras los padres trabajaban, ellos jugaban juntos con otros dos hermanos. Los padres se juntaban a la hora de comer y solían hablar del año. Si venía bueno o malo, y así pasó el tiempo, y los niños, como las flores en el jardín, se abrieron inesperadamente sin que los

padres se enteraran. Seguían acudiendo al campo, ahora ya para ayudar a sus padres en el trabajo.

La niña sólo acudía en la recolección, o sea, en el otoño, pues todo lo que su padre tenía eran viñedos. Se juntaban entonces todos en cuadrilla y a la hora de comer solían jugar y pasar el rato riendo y jugando.

Hacían sentirse jóvenes a los mayores. En estas alegrías, y sin saber cómo, un día, al agarrarse de la mano para jugar al corro, se miraron a los ojos y se estremecieron. Pero ¿qué es lo que siento?, pensó ella, y bajó los párpados, pero él ya había sentido que en esos ojos estaba su felicidad, o su desgracia. Y desde aquel día empezaron a verse a solas.

Era un amor tan puro y tan alegre como la alegría que hace saltar al corderillo encogiendo su cuerpo. Sentían la alegría de vivir, cogidos de la mano corrían por los prados. Sus bocas no se hartaban de besarse dando volteretas, se cogían el uno al otro como si jugasen al escondite. Su amor era un arrollo purísimo cascabeleando de piedra en piedra. Su mayor alegría era estar juntos sin haber llegado a la violencia del materialismo. El tenía dieciocho años y ella dieciséis. Los que a esa edad hayan llegado a todo lo que se llama materialismo, sin haber hecho una antesala de juego y de amor, que vayan preparando el aburrimiento de los cuarenta.

En estas alegrías fueron sorprendidos, pues nunca faltan ojos en el campo para verlo todo, entonces empezaron las murmuraciones de que la morita se veía con un mozo que no era del pueblo, y ellos, jóvenes temerosos de las costumbres de sus padres, empezaron a ser prudentes y a pensar en la manera de solucionar las cosas y salir airosos, como tantos habían salido en las mismas condiciones.

Ellos eran decididos. Cada encuentro era la antesala del cielo, y cada beso, una vida. Y sin ningún juramento, ellos llegaron a la conclusión de que así sería, pues aun en los ratos de divertirse con los mozos, su corazón siempre corría al peligro del amor de su mora, y ella, sabiéndose vigilada, nunca dejó de correr a los brazos y buscar los besos del amor de su vida.

Así llegó la noche de San Juan, y esa noche, en España, hay diferentes costumbres. Hay sitios en donde los enamorados buscan el trébol de cuatro hojas para regalárselo a quien pretenden que sea su prometida. Para Toledo, en esa noche, en la casa de la chica que cortejan, echan la enrama, que consistía en una rociada de cal con hollín de las chimeneas. Lo mezclaban en un cubo y manchaban la fachada con ello, para que todo el mundo supiera que en esa casa había alguien a quien cortejaban.

La casa de Rosalinda, por ser mora, nadie osaba pintarla. Pero aquella mañana, puestos de mutuo acuerdo, pensando en aclarar la situación y ablandar el corazón a los padres de Rosalinda, amaneció la casa con la enrama. Los padres pensaron y pensaron en quien había sido sin conseguir ni figurárselo, entonces, acordaron que la madre hablaría con ella. La buscó encontrándola en su alcoba, y le dijo: «Hija, ¿tú podrás explicarme lo que significa la enrama de nuestra puerta?, conociendo el perjuicio que nos puede traer, pues sabes que Mohamed te dejó que vivieras un año más con nosotros como un favor para que disfrutásemos de tu alegría, ¿es verdad lo que se dice que te han visto con un mozo forastero?». A lo que la niña contestó: «Madre querida, ya nunca podré ser fiel a Mohamed, pues mi sangre, mis ojos y mis pensamientos pertenecen a otro hombre». La madre le puso la mano en

la boca y le dijo: «Calla, si te oye tu padre te matará», a lo que contestó la niña: «Si así tiene que ser, me matará, pues yo no puedo querer a Mohamed, y si las leyes están escritas y yo no puedo borrarlas hágase la voluntad de Alá, y mi padre cumplirá con la voluntad de los hombres.

Al darse cuenta la madre de la gran entereza de su hija supo que no era pasajero el amor. Se echó a llorar sabiendo que la felicidad de su casa se iba por aquel agujero, pues la única cosa que, hasta ahora, ha perdido de verdad a los hombres ha sido el amor si ese amor tiene enemigos fuertes, y Mohamed lo era.

Los padres suplicaron, razonaron con Mohamed, pues eran buenos padres y querían mucho a su hija, y la dejaron libre, pero Mohamed exigió sus derechos, pues la ley de los moros le amparaba.

Pidió que se levantara un torreón y se le encerrara en el mismo sitio en donde se le había visto correr y disfrutar.

Se pensó que con un año de encierro sería suficiente para doblegarla.

El torreón era un sitio pequeño, con una ventana igualmente pequeña y atravesada por unos barrotes, por donde recibiría los alimentos y el poco aire libre puro que le entrase. Abajo, muy bien dispuesto, como si fuera un retrete. En este año no recibiría visitas de nadie.

Así pasó el año, y el mismo día de San Juan fueron los padres y Mohamed. Abrieron el torreón esperando encontrar una joven desaliñada y arrepentida, pero, milagro de los milagros, su cara era una rosa, su pelo brillante como ala de cuervo, sus vestidos y porte como los de una reina.

Cuando tuvo que decir si continuaba su cautiverio, lo dijo sin ningún titubeo y casi con alegría.

La madre lloró, el padre suplicó, Mohamed amenazó,

pero ella no se doblegó. Así, orgullosamente, dijo que prefería el encierro si ellos no eran capaces de darle la libertad a la que todo hombre tiene derecho.

Llendo hacia el torreón dijo: «Mi libertad está en este torreón». Todos marcharon. Los padres compungidos y maravillados por el poco efecto que en su hija había causado el encierro, y Mohamed pensativo, muy pensativo.

Cuando Andrés, pues así se llamaba el mozo de nuestro cuento, se enteró de los acontecimientos sufridos por Rosalinda, no dejó de ir y venir a escondidas, casi no salía de los alrededores del pueblo. Pero en cuanto se sintió visto por dos o tres personas se retiró y no se le volvió a ver.

En su desesperación no sabía en quién confiar y le entendiera, pues la vida era así, y como todas las situaciones de la vida el hombre las acepta, sin que halla más de cuatro que se paren a pensar el porqué son así. El no podía decir a nadie que estaba enamorado de una mora sin que sirviera de cuento, pues como vecinos valía, pero para contraer matrimonio eran problemas que ya en otras ocasiones habían ocurrido y no siempre se habían resuelto satisfactoriamente.

Ellos, al despertar a las ilusiones del corazón, no habían pensado en que hay una palabra para cada movimiento que en la vida haga el hombre si quiere que su vida pase sin complicaciones, o con las menos posibles. Esa palabra es cálculo, palabra casi nula sobre todo para esa juventud que se le ocurre no usar la cabeza y sí el corazón, y de pronto se hallan metidos en un gran lío, como le sucedió a Andrés. Fue entonces cuando comprendió que de todos los que le rodeaban en el único que podía confiar era su hermano, que tenía diez años, pues

el mayor empezaría a enrollarle, y él no quería razones, quería ayuda. Así el pequeño, jugando con los demás chicos, le contó y se enteró de lo que pensaba hacer con Rosalinda.

Fue entonces cuando pensó, al tiempo que hacían el torreón, hacer el pasadizo desde unos grandes matorrales que crecían más abajo, pero en frente del mismo torreón en la ribera de un arroyo o cañada que cruzaba aquel gran prado.

Así Rosalinda parecía que hubiese entrado en el torreón el día antes, pues ella todas las noches salía a pasear y se lavaba y se peinaba con unos hermosos peines de oro que la había llevado Andrés. El aseo de sus ropas era completo, pues si así no hubiera sido, este largo año hubiera bastado para que la joven hubiera enfermado. Así el asombro de los padres y la cavilación de Mohamed.

Los padres llegaron al pueblo diciendo que su hija era una santa de las muchas que tenía Jesús y que Mahoma, a través de Jesús, hacía el milagro. Mohamed, un poquito más agarrado a la tierra y creyendo bastante menos en los milagros, pensó que los padres ayudaban a su hija y se puso a vigilarles, pero por ese lado había calculado mal, él vigiló a los que llevaban el alimento, pero nada vio que le hiciera sospechar. Entonces pensó en gastar las noches vigilando el torreón.

Andrés se había hecho más prudente. No se atrevía ir todas las noches. Hizo una choza con la ayuda de su hermano, sus padres les dijeron que para qué y ellos les dijeron que para cazar, pues por allí había perdices y que si era buen años de lluvia allí también habría patos.

Buscaron un buen perro y algunas noches sorprendieron al moro, entonces se cruzaron discusiones, que tuvie-

ron buen cuidado de no contar a sus padres. Pero desde entonces se sintieron vigilados el uno por el otro.

Andrés, cubierto por cierta legalidad, pues estaba en sus propiedades, y Mohamed como las alimañas, se veían muy pocas veces.

Alguna vez tuvo que quedarse Andrés en el torreón todo el día, entonces los dos no hacían más que pensar en cómo salvar aquella situación, pues así no se podía estar mucho tiempo.

Acordaron, de momento, marchar y no aparecer en una temporada, pero a Andrés la flor de su juventud le iba desapareciendo. Sus padres comentaban lo serio y pensativo que era, más de lo que correspondía a su edad.

Rosalinda tampoco parecía la misma. Si su madre la hubiera vuelto a ver no pensaría en los milagros.

A Mohamed todo el mundo empezaba a maldecirle, pero las leyes de los moros, al igual que las de los cristianos, se firmaban y las opiniones de los pueblos se ahogan. Por algo son leyes y hasta ahora, la mayor parte, están aprobadas ofendiendo al más débil.

Hasta ahora las leyes las firmaban los hombres que han pasado de los cuarenta años, después de haber llegado a la plenitud de su egoísmo, y ya no recuerdan si alguna vez han sido jóvenes, y sólo pueden ser burladas si en las dos partes contendientes hay un poco de humanidad.

Por estas y otras cosas hay que justificar y comprender la lucha de siglos que arrastra el hombre contra las leyes.

Andrés había puesto una cuerda pasada por el barrote de la ventana. Rosalinda ponía un pie y se podía asomar. Aquel día amaneció con una nieblina que el sol arrastraba con fuerza hacia el monte. Andrés comprendió que aquel día, vísperas de San Juan, iba a ser un día señalado, pues había tomado una gran determinación.

« Aquel día tenían que acabar los pesares de Rosalinda y los suyos. Cogió el perro y muy temprano salió de casa. Cuando llegó al torreón no se veía a Mohamed. Con decisión y sin cavilarlo se metió por el pasadizo que, por falta de cuidados, se estaba hundiendo y pensó: «Va, si ya no nos va a hacer falta». Allí estaba Rosalinda, llena de amargura, y esperando más de una semana el momento de poder estar juntos. La notó muy agotada y triste y la consoló diciendo: «Este mismo día se acabarán nuestras penas, pienso ir a Almohacid para que todo el mundo sepa públicamente nuestro amor, o nos castigan a los dos, o consigo tu libertad para que seas mi esposa», pues él ya tenía veinte años y ella dieciocho, y si todo marcha bien, podrían vivir independientemente de la tutela paterna.

El había pensado marchar a Toledo, ella se sentía desfallecer pero él la dijo que le faltaba la luz y el sol, que era la vida, que en cuanto saliera y respirase dos días aire puro estaría arreglado. Así, entre besos, abrazos y palabras de esperanza de la que al hombre no le faltan y sobre todo cuando es joven. Esperanza, caudal inagotable, pues llegas a viejo y sigues esperando.

Desdichados, les llegó el momento de separarse, él lleno de ilusiones con su proyecto, ella también, pero parecía como si fuera a enfermar.

Cuando salió Andrés el sol se ponía en el horizonte tan rojo que parecía como si todo estuviese ardiendo, había algunas nubes por encima que hacían que todo se cubriera de rojizo, y pensó como buen campesino que iba a hacer mucho aire. No había hecho nada más que tapar el pasadizo con el ramaje y dar cuatro pasos por la cañada, el perro corría por delante, cuando se topó con Mohamed. Se quedaron mirando, hubo un choque de fuerzas como cuando

se presiente que algo va a ocurrir. Andrés le dijo: «tengo que hablar contigo, pues así no se puede vivir, pues si la razón de un hombre no es capaz de entender a otro, uno de los dos estamos de sobra, pues has de saber que yo soy el hombre a quien ama Rosalinda».

Oculto lo tenías mocito. Pues eso era Andrés ante el hombre de treinta y seis años de Mohamed. Pero has de saber que si he vigilado con tanto tesón estos alrededores es porque me lo figuraba.

Andrés le dijo: «ahora mismo pensaba subir al pueblo a rogarte que si alguna vez la has querido, la concedas la libertad, pues se muere como una azucena sin agua».

Rosalinda les miraba desde la ventana, les veía hablar y su cuerpo temblaba.

A lo que Mohamed le contestó: «Rosa a de morir en el torreón, está escrito en el libro de Alá, pero tú no has de verlo». Y así, diciendo esto, le clavó un cuchillo en el pecho.

El pobre Andrés se le quedó mirando, dio unos pasos vacilantes hacia atrás y se cayó, no sin antes oír un grito horroroso, de angustia y terror, que salía del torreón. Después el silencio de la noche, y la noche se extendió con sus alas de oscuridad, como la muerte.

Mohamed quiso arrastrar el cuerpo del joven, pero el perro se tiró a él desgarrándole la ropa. Como lo que le interesaba era ganar tiempo, pues un moro capaz de matar a un cristiano no podía escapar del castigo y él lo sabía, montó en su caballo y sin mirar para el pueblo desapareció y nadie le volvió a ver.

Al día siguiente todo el mundo sabía que había aparecido aquel mozo con el pecho atravesado por un cuchillo.

Los padres de Rosalinda fueron a buscar a Mohamed para abrir el torreón, por ser el día de San Juan, pero no lo

encontraron. Entonces fueron ellos a abrirlo y encontraron a la niña con aquellos peines que Andrés le regalara en la mano, pero fría.

Su transparencia, como porcelana fina, sus manos parecían hechas de pedazos de cristal veneciano. Transidos de dolor marcharon al pueblo. Cuando vinieron a buscarla en una estera cubierta de flores hubo quien quiso quitarle los peines, pero la madre, dando un grito, impidió que así lo hicieran, pues le parecía que si tiraban de ellos para desprenderlos las manos le saltarían hechas pedazos.

Un día siendo muy pequeña iba con mi tía Micaela por aquellos caminos y ésta me contó un poco de la historia, pues los campesinos, en aquellas épocas, sin periódicos y casi sin libros solían pasarse las historias de generación en generación, y además siempre la regaban con un poco de fantasía. Así, sobre todo, hizo mucho hincapié en que el día de San Juan, a la salida del sol, sale a peinarse la Mora.

Estoy segura que nadie la ha visto, ni antes ni ahora, pero procuraba, por si era verdad, a esas horas, no pasar por allí, y ahora, como nadie lo cree ya ni piensan en ello. Así que la mora, bien puede salir a peinarse y dar algún paseo por aquellos campos llenos de olivares y viñedos, pues ya pueden ocurrir los dramas más horribles, que la vida es ciega y plenamente sigue adelante.